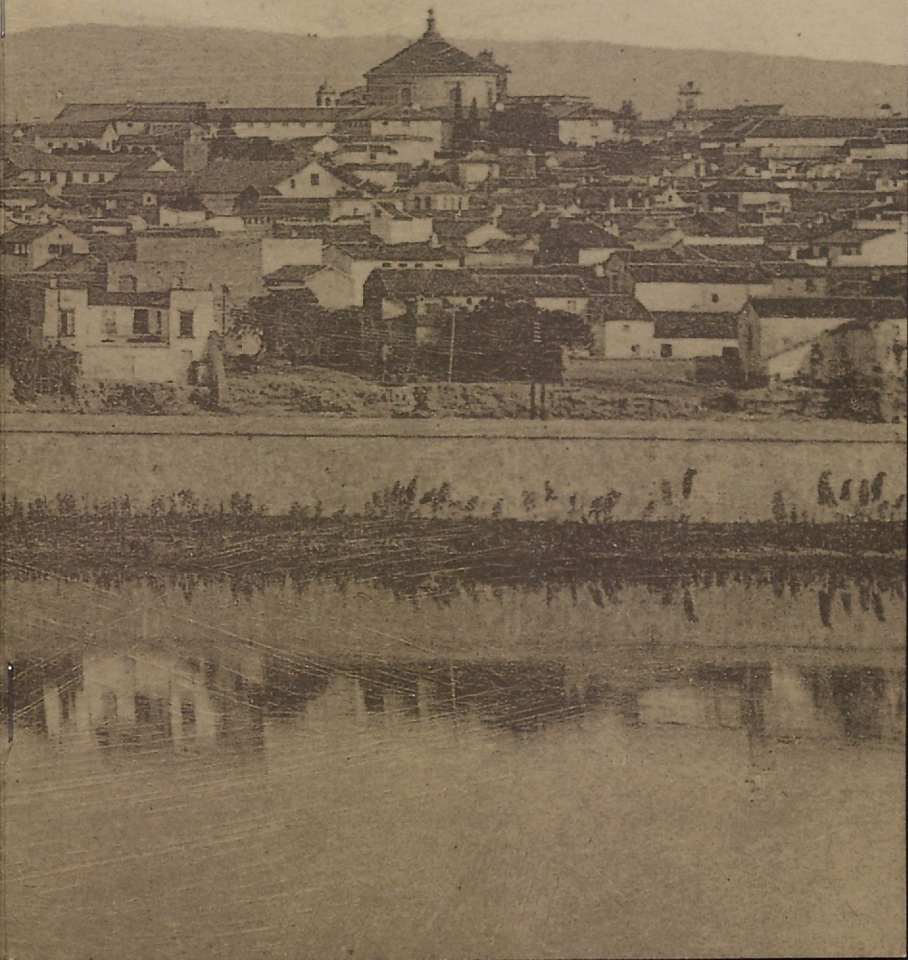


**RESEÑA DE LA CONQUISTA
DE CORDOBA
POR EL SANTO REY D. FERNANDO III**



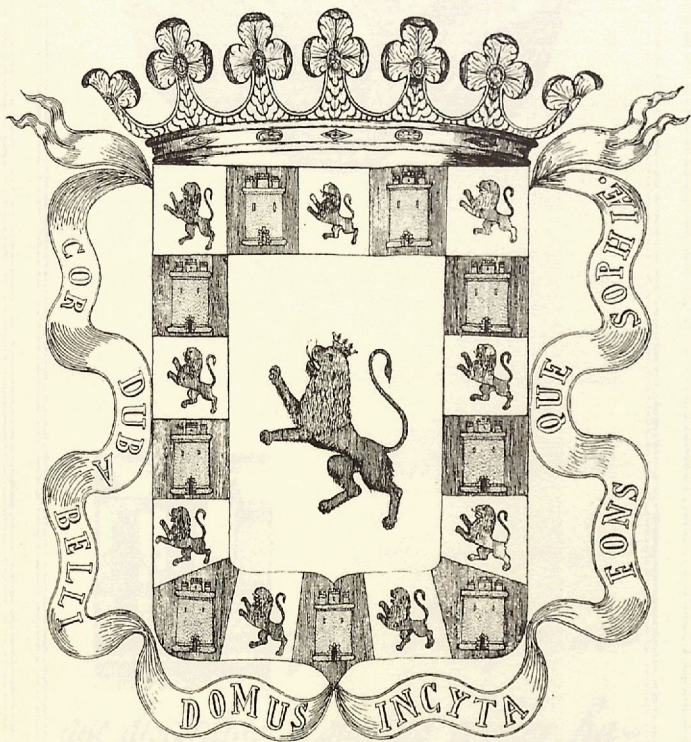
La Comisión Organizadora de la XXIII Feria del Libro de Córdoba inicia con la publicación de esta *Reseña de la Conquista de Córdoba por el Santo Rey Don Fernando III* una andadura editorial que persigue la recuperación de textos de autores cordobeses y de tema cordobés, especialmente de aquellos que son de difícil acceso o han permanecido inéditos, para su difusión entre los visitantes de la Feria del Libro.

La *Reseña* tiene su origen en una moción elevada al Cabildo por Luis María Ramírez de las Casas Deza (1802-1874), cordobesista apasionado y autor de una de las obras de más vasta erudición del siglo XIX, cuando en 1842, siendo Caballero Síndico, propuso que «desde dicho año perpetuamente celebrase la ciudad su feliz restauración por el Santo Rey Don Fernando III en 29 de junio de 1236 con funciones de Iglesia e iluminación».

La comisión establecida al efecto no dudó en aprobar la proposición, estableciendo un ceremonial que disponía la salida de la Corporación de las Casas Capitulares acompañada de una compañía de preferencia de la Milicia Nacional, música y banda, y toda la demás tropa que concediese el Comandante General, dirigiéndose a la Santa Iglesia Catedral para celebrar misa solemne con oración y *Te Deum*, poniéndose de acuerdo con el Cabildo para este acto así como para el repique de campanas y colocación en el crucero del estandarte del Santo Rey. La víspera y el día de la función se iluminaría la ciudad y, finalmente, la tarde de dicho día habría parada militar en el Campo de la Merced.

Junto a tan sonadas manifestaciones, la Corporación determinó además que el autor de la propuesta de celebración redactara una Memoria breve en la que recopilase el suceso, con el objeto de que su lectura solemne por parte del Alcalde constituyera el acto central de la celebración civil. Esta Memoria, que se ordenó fuera «escrita bien y correctamente, acordando su encuadernación y forro de tafilite o terciopelo con remates para custodiaria en el Archivo» es la que ahora, en reproducción facsímil, tiene el lector en sus manos.

El entusiasmo inicial por la celebración fue poco a poco decayendo en años sucesivos, sufriendo el traslado de fechas para evitar la coincidencia con la festividad de San Pedro y San Pablo. A pesar del interés de la Corporación municipal, que decidió dar a conocer al público el glorioso acontecimiento que motivaba la celebración ordenando la edición de un libro en el que se incluía la Memoria así como un extracto de las actuaciones relativas al asunto, la celebración acabó olvidándose completamente. No obstante, conservando a la vez una visión de un acontecimiento crucial en la historia de nuestra ciudad y la memoria de las circunstancias sociales en que se produjo su nacimiento, ha permanecido hasta nuestros días el libro.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
CORDOBA

R-308

L.M.A.C.F.A. 1843.



egára el tiempo en-
que discordias y guerras civiles ha-
bían dividido el imperio de los árabes.

en España: los gobernadores de las provincias se habian declarado independientes, resultando tantos y tan pequeños estados, que, débil y vacilante el poder musulman, caminaba rápidamente á su ruina, al paso que se extendian, se consolidaban y unian los dominios y monarquías cristianas.

Ya las armas del ínclito Fernando **III** se habian apoderado de varias poblaciones de Andalucía entre las que se contaban

Andujar, Martos, Ubeda y Castro del
rio, desde cuyos puntos salian frecuentemen-
te los cristianos á hacer correrias en el
pais de los enemigos. Algunos almogávares
de la frontera hicieron cautivos en una de
estas cavalgadas á varios mahometanos
cordobeses que les manifestaron la discor-
dia entre el pueblo y los magnates de la
Ciudad, y el descuido con que esta se guarda-
ba especialmente por el arrabal de la)

ajerquia; y así que no era difícil apoderarse
de ella. Los cristianos en premio de la no-
ticia que les habían comunicado, los pusie-
ron en libertad. Dieron parte de lo que su-
pieran á D. Alvaro Perez de Castro, Do-
mingo Muñoz el Adalid, Pedro Ruiz
Tafur, caudillos principales de la frontera
que recibieron la noticia con mucho júbilo
pero no le dieron entero crédito por lo gran-
de y fuerte de la Ciudad, y por la poca

fe, especialmente en tal asunto, que les merecian
los mahometanos.

A pesar de todo, inspirados de un comun
deseo, resolvieron tentar la empresa que histo-
riadores árabes gradúan de temeraria; y
asi Domingo Muñoz y Pedro Ruiz Fa-
fur, algunos almogávares y otros soldados
de á pie escojidos se pusieron en camino en
una noche obscura y tempestuosa que fue
la del 23. de Diciembre de 1235. Acer-

caronse á los muros por el sitio en que está
la puerta de Colobro y notando el gran si-
lencio y tranquilidad que ya reinaba en la
Ciudad toda, se animaron á poner escalas y
tomar el muro subiendo delante en traje ma-
hometano los que sabian bien la lengua ará-
biga. Alvaro Colobro fue el primero que
montó el muro al que siguió Benito de
Baños y otros en pos de estos sin dificul-
tad alguna. A pocos pasos que por el

adarbe dieran les salieron al encuentro cuatro centinelas que, preguntando quienes eran y respondiendo Colodro que las sobrevelas, quedaron satisfechas y se tornaron á sus puestos. Era afortunadamente uno de ellos de los cautivos á quienes los cristianos dieran libertad, el cual conociendo que Colodro era de los cristianos, le significó que callasen y estuviesen quietos hasta que sus compañeros quedasen sosegados. Así lo hicie-

ron y llegada la hora fueron pasando á
cuchillo los centinelas por todo el muro has-
ta llegar á la puerta que se llamó desde
entonces de Martos, la que abrieron para
que entrase con la caballería Pedro Ruiz Fa-
fur. ; Hazaña notable que, unida á las de-
mas circunstancias, ha hecho que algunos es-
critores tengan por maravillosa la conquista
de Córdoba!

En el amanecer cuando se estendió por

la Ciudad la noticia del arrojó de los cristia-
nos, y, toda alarmada, se puso en defensa. Los
moros de la ajerquia, despues de haber muerto
muchos de ellos á manos de los cristianos y
de haberse dejado muchos cautivos, fueron o-
bligados á buscar asilo en la parte alta de la
Ciudad ó Almedina que hoy llamamos la
Villa. En las calles y plaxas se peleaba encar-
nizadamente: los unos por salir con la empresa:
los otros por defender su patria y libertad.

Las moras, á quienes favorecia su crecido número, se defendian con grande esfuerzo, tanto por hallarse en el ultimo apuro, quanto por dar tiempo á que les llegase el socorro que de su rey Aben-Elid esperaban. Por tres veces se vieron los valentisimos castellanos obligados á tirar hasta los muros y puertas por donde habian entrado y otras tantas volvieron á ocupar el terreno que habian perdido.

Esperaba D. Albar Perez de Castro en el

castillo de Martos noticia de la arriesgada em-
presa cuando la recibió del feliz éxito que
había tenido y del peligro en que estaban aque-
llas valerosas guerreras si no eran prontamente
socorridas. La misma nueva tuvo D. Ordóñez Al-
varez y muchos con otros caballeros y alguna gen-
te vinieron á socorrerlas; pero eran pocas pa-
ra tantos enemigos. Los moros encerrados en la
Almedina se defendían desde el muro y hosti-
lizaban sin cesar con toda clase de proyectiles

é ingenios á los cristianos de la aserquia que
pegnaban con todo su poder por hacerse due-
ños de la Almedina.

Hallábase el rey D. Fernando en Benaven-
te y comia á la sazón quando le llegó la no-
ticia del valeroso hecho que habian acometi-
do los cristianos de la frontera y poniendo-
se al punto en camino con cien caballeros se
dirigió á Córdoba con la mayor presteza de-
jando orden en los pueblos por donde pasa-

ba le siguiesen a esta ciudad. Llego al
puente de Alcolea donde hizo alto y es-
tendio' sus reales por las faldas de la sier-
ra: allí se le unieron las gentes de Estrema-
dura y otras partes que habia convocado:
con ellas estrecho' el cerco de la Ciudad, y
con barcas procuro impedirle toda comunica-
cion con el rio.

Juntaba gente en Ecija el rey Aben-
Hud para ir en defensa de Ubeda y pa-

sar de allí á Granada quando tuvo aviso de la sorpresa de Córdoba y del apuro en que estaba con gran riesgo de perderse; y así se puso en marcha para socorrerla; mas en la mitad del camino tuvo nueva de que los cristianos se habian apoderado ya de todo el arrabal de la ajerquia y que habia llegado el rey D. Fernando con mucha gente al campo de Nicolea. Perplejo el rey Aben-Hud por algun tiempo sobre el partido que tomaria pre-

firió socorrer como á la saxon se lo pedia á
Giomail ben Zeyan rey de Valencia contra
D. Jayme de Aragon y volver despues á Cór-
doba con poderosa hueste para recobrarla..

Abandonó pues á Córdoba y siguió como
dice un historiador árabe,, el impulso ir-
resistible de la fatalidad que estaba grava-
da en tablas de diamante por la mano de la
eterna providencia,, y estancó para embar-
carse en Almeria el gobernador de la Ciu-

dad el linaje Abderramen le quitó la vida
ahogándole en su lecho con que quedó Córdoba
ba sin rey que volviese á recobrarla.

Los mahometanos desesperados de recibir so-
corro, y sabida la muerte del rey Aben-Hud
trataron de capitulacion. Personas señala-
das de ambas partes conferenciaron sobre ello
encareciendo sus fuerras los cristianos para su-
jetar a' los que se resistian y su clemencia
para los que se rudiesen; pero los moros

si bien conocian el apuro en que estaban, no con-
venian en las condiciones. Pasábase el tiempo
en demandas y respuestas, en proponer capítu-
los y en reformarlos, y así los cristianos vista
la porfia y que cada dia los cercados se ha-
llaban en mayor apuro, se aprovecharon de la
dilacion para agravar las condiciones, y á los
moros les fué forzoso pasar por lo que antes
desechaban. Finalmente de grado en grado
se redujeron á término de entregar la Ciu-

dad concediendoles solamente las vidas y libertad para que cada cual se fuese donde quisiera.

Entregose la Ciudad despues de seis meses de sitio el 29. de Junio de 1236 dia de S. Pedro y S. Pablo Apóstoles segun la cuenta de los árabes dia 23 de la luna Xavval del año de la éjira 633 habiendola poseido 524 años.

El mismo día entró el S.^{to} Rey triunfante en la Ciudad no con la pompa que en actos se

mejantes acostumbraban las soberbios conquista-
dores de la antigüedad, sino en procesion a-
compañado de los prelados, eclesiásticos, ricos-
hombres y caballeros del ejército. Llegaron á
la gran Mexquita donde por tanto tiempo se
habian observado las supersticiones del Alco-
ran y colocando en su elevado alminar ó torre
la Santa Cruz y el estandarte real, fue a-
clamado con indécible júbilo el nombre del Sal-
vador. D. Juan Obispo de Osuna purificó

la Mezquita, mientras se entonaba el Te Deum dedicandola á la Virgen Maria en su gloriosa Asuncion.

En la Mezquita se hallaron las campanas de la iglesia de Santiago que mas de 240 años antes habia traído en hombros de cristianos Mahomad Almanzor y colóciáblas en ella por trofeo; y para desagravio de tal injuria, mandó el Santo Rey que en hombros de moros fuesen restituidas á su iglesia.

De todas partes acudieron pobladores atraídos de la fertilidad y riqueza de tan famosa Ciudad y dejando para su gobierno á D. Alfonso de Meneses y por Adelantado de la frontera á D. Alvaro Perez de Castro, el rey D. Fernando marchó á Toledo lleno de júbilo por la restauracion de Ciudad tan importante y señalada.

